

# La ciencia y la técnica como ideología \*

Por Augusto HORTAL \*\*

**La ciencia y la técnica en las sociedades de capitalismo avanzado no son sólo las fuerzas productivas que garantizan la viabilidad real del sistema económico, sino que proporcionan también la ideología que encubre, legitima y hace aceptable el sistema vigente de explotación económica y dominación social.**

La ciencia y la técnica configuran nuestro modo de vivir. Nuestra sociedad no se entiende ni se sostiene sin ellas. Ellas configuran nuestra esperanza de vida, nuestra concepción del mundo, nuestra movilidad física, nuestro nivel de consumo, etc. Nuestro mundo cultural y nuestras mismas ideas sobre el hombre están hondamente impregnadas por los conocimientos científicos y técnicos. Sólo el avance científico y técnico nos garantiza poder seguir o tener que seguir viviendo como vivimos... para bien y para mal.

Acabar con la ciencia sería volver a formas insoportables de vida en muchos aspectos. Incluso contra los excesos de la ciencia y de la técnica (llámense destrucción del medio ambiente o deshumanización de la sociedad) no tenemos más remedio que utilizar la ciencia y la técnica. El idilio de un mundo precientífico, que nunca existió en el pasado, tiene que quedar para la nostalgia legítima de los poetas y para la denuncia de los inconformistas, válida como correctivo pero inviable como alternativa.

## **Ciencia, técnica y sociedad**

Cuando se habla con científicos dedicados a la investigación y a la enseñanza de ciencias puras (no aplicadas), es muy corrien-

\* El texto reproduce sustancialmente el de la conferencia que con el mismo título tuvo el autor en los ciclos sobre la Escuela de Frankfurt organizados por la Universidad de Comillas (Mayo 1978) y por el Club Politeia (enero febrero 1979). Agradezco cordialmente al Club Politeia la rapidez y precisión de la transcripción hecha, que me ha permitido utilizarla en la redacción definitiva que aquí se presenta.

\*\* Profesor de Ética en la Universidad de Comillas.

A. HORTAL

te escuchar de sus labios una negativa rotunda a que se considere **per modum unius** la ciencia con la técnica. La ciencia, nos dicen, busca el saber y se desentiende de sus aplicaciones; por eso la ciencia debe ser absuelta de las repercusiones sociales que su aplicación técnica pueda originar. Veamos qué hay de verdad en estos planteamientos.

Durante muchos siglos la técnica se desarrolló independientemente de la ciencia. La **téchne** griega o la **ars** latina eran algo así como una habilidad adquirida para dominar determinados campos de la actividad humana artesanal, artística o de otro tipo. La medicina, por ejemplo, tenía más de técnica que de ciencia, era una acumulación de experiencia activa en la aplicación de determinados remedios sin entrar demasiado a profundizar en la fisiología, en la bioquímica, etc. La ingeniería, la arquitectura, etc., descansaban también en gran parte sobre esos mismos presupuestos artesanales, gremiales, no estrictamente científicos. Y es que el espíritu griego, del que ha surgido mucho de lo que el espíritu occidental ha sido a través de los siglos, no concebía que pudiese haber ciencia estrictamente hablando (**epísteme**), sino de las cosas inmutables, de las cosas que necesariamente son como son. Sobre las cosas que cambian puede haber arte, pero no ciencia. El griego concibe la teoría, la vida teórica (**bíos theoretikós**) como la dedicación cuasi-religiosa a la contemplación de la realidad por sus causas necesarias, independientemente de todo uso y aplicación.

La ciencia moderna nace en ambiente racionalista. Salvo raras excepciones, los grandes científicos del comienzo de la Edad Moderna—Descartes, Gassendi, Newton, etc.—no están interesados en desarrollar una ciencia aplicable. Recordemos que es la astronomía, la menos manipulativa de las ciencias, la primera que hace grandes avances. Lo que buscan estos científicos es una explicación deductiva de la realidad, sin atender a la posible relevancia técnica de sus construcciones sistemáticas. Galileo Galilei incorpora un **ethos** experimental que poco a poco va a ser decisivo para el avance científico, pero que durante mucho tiempo no se ve como contrapeso sino como complemento del deductivismo racionalista, al margen de todo pragmatismo. Tan sólo F. BACON, autor que hay que situar en el ambiente de los ingenieros renacentistas del siglo XVI, puede ser considerado como precursor del pragmatismo científico («saber es poder»). Durante varios siglos permanece su pragmatismo como algo marginal a las corrientes del desarrollo científico. Sólo en el siglo XIX pasa a ser figura central por su afinidad con los nuevos planteamientos de la ciencia.

La revolución industrial lleva consigo y tiene en su raíz el desarrollo de una tecnología que aprovecha los conocimientos científicos. Inicialmente la ciencia sigue su curso, independiente. Pero

a medida que los progresos técnicos de la revolución industrial van teniendo éxito y van siendo aceptados, ese éxito revierte sobre la misma ciencia que cada vez se legitima más ante la sociedad precisamente por sus contribuciones tecnológicas. En el siglo XIX predomina la legitimación tecnológica de la ciencia.

Tras el desencanto que trae consigo el siglo XX con la guerra bacteriológica y química, con la bomba atómica y con el problema ecológico, es cuando algunos científicos empiezan a abogar por una distinción tajante entre ciencia y técnica. El científico se desentiende de aquello que otros hacen con su ciencia, y pretende entroncar con el ideal griego de la ciencia pura. Pero ya es tarde, y sólo lo logra al nivel de su conciencia individual y de sus motivaciones personales. Si nos atenemos a lo que hoy es la ciencia en las sociedades industriales avanzadas, podemos decir que el interés tecnológico ha institucionalizado la investigación científica al servicio del avance tecnológico. La curiosidad y el amor a la ciencia pueden ser los móviles personales de uno o de muchos científicos, pero la actividad de la inmensa mayoría de ellos está en función de los intereses institucionales. La sociedad proporciona los fondos de financiación, las estructuras de plausibilidad y el control social del rendimiento de la actividad científica en atención al avance tecnológico mediato o inmediato que espera obtener.

Por eso, ateniéndonos al fenómeno sociológico global, a lo que es la ciencia en nuestra sociedad (no necesariamente a las motivaciones personales de este o aquel científico) existe plena continuidad entre ciencia y técnica; ambas son muy interdependientes entre sí tanto por su localización social como por la función que desempeñan. Ambas son las fuerzas productivas más caracterizadoras del sistema económico en que vivimos. Nuestra sociedad puede ser llamada de capitalismo avanzado atendiendo a las relaciones de producción, y sociedad científico-técnica si nos atenemos a las fuerzas productivas como elemento caracterizador.

### **Concepto de ideología**

«Ideología», en nuestro lenguaje corriente, suele ser un término bastante anodino. Solemos hablar de «ideología» para referirnos a determinada manera de pensar, a un conjunto de ideas programáticas compartidas por un grupo; ideas que a su vez caracterizan a dicho grupo.

En su origen el concepto de ideología es bastante más polémico, peyorativo; tiene una dimensión de denuncia, y la crítica de las ideologías, según eso, es una forma de lucha política. En este sentido denunciador y crítico entiende el término «ideología» toda

A. HORTAL

la tradición marxista no dogmática, empezando por Karl Marx y terminando por la Escuela de Frankfurt.

La ideología es un mecanismo de legitimación del poder. Allí donde se ejerce el poder llana y simplemente no hay, propiamente hablando, ideología. La ideología pretende convencer, no le basta con vencer. No se trata, por supuesto, de convencer con razonamientos válidos y datos objetivos, sino de convencer a base de encubrir y legitimar con apariencias una realidad social que se disfruta ventajosamente. También puede consistir la ideología en autoengañarse buscando compensaciones ilusorias a la situación de desventaja que se padece. Para que haya ideología tiene que haber unas relaciones de poder opacas, enmascaradas. La ideología legítima y encubre una situación de dominación social.

Por tanto, cuando los autores de la Escuela de Frankfurt hablan de la ciencia y la técnica como ideología de la sociedad de capitalismo avanzado esto es lo que nos quieren decir. La ciencia y la técnica ejercen en nuestra sociedad la función encubridora y legitimadora de la dominación social existente.

Esto no debe entenderse como reduccionismo pragmatista de la verdad científica. La verdad científica no es reducible a la función social que esa verdad puede ejercer en un determinado contexto social. Los autores de la Escuela de Frankfurt no denuncian la verdad o falsedad de esta o aquella afirmación científica, de este conjunto de afirmaciones científicas, sino el papel que ese conjunto de afirmaciones científicas (presumiblemente verdaderas y comprobadas) están ejerciendo de hecho en nuestra sociedad.

Comprobar la verdad o falsedad de una afirmación científica es una cosa y, otra distinta constatar la función que dicha afirmación o el conjunto de las ciencias desempeña en la sociedad actual. Lo que aquí se cuestiona es el mismo planteamiento de la ciencia. Escribe Horkheimer:

«El aspecto ideológico de la ciencia suele ponerse de manifiesto más que en el hecho de contener afirmaciones erróneas, en su falta de claridad, en sus perplejidades, en su lenguaje encubridor, en sus planteamientos y métodos, en la dirección de sus investigaciones y, sobre todo, en todo aquello ante lo que cierra los ojos. (1).

### **La ciencia y la técnica como ideología**

Horkheimer y Marcuse denunciaron ya en los años 30 el larvado carácter político de la ciencia y de la técnica en la sociedad

(1) «Bemerkungen über Wissenschaft und Krise» (1932), en: *Kritische Theorie I*, p. 6.

de capitalismo avanzado. La afirmación es particularmente grave, teniendo en cuenta la tradición de pensamiento ilustrado y marxista en que se sitúan los autores de la Escuela de Frankfurt.

La ciencia y la técnica se abren camino en la Edad Moderna prometiendo liberar al hombre de todas sus servidumbres, de las servidumbres naturales como la enfermedad y la escasez, y de las servidumbres sociales como la opresión y los prejuicios. Y ahora resulta que, andando el tiempo, la ciencia y la técnica han pasado a ser un instrumento más de destrucción de la naturaleza y de dominación del hombre por el hombre. La ciencia y la técnica ya no son ilustración, impulso crítico y liberador, sino instrumento de destrucción y de opresión.

Mientras existía una denominación directa de unos sobre otros, existía la esperanza de transformar esas situaciones de dominación e irse liberando. Cuando los mismos instrumentos de liberación, los productos del ingenio humano, se vuelven contra el hombre, parece imposible liberarse sin destruir aquellos mecanismos que nos son indispensables para seguir viviendo. Estamos en la situación del aprendiz de brujo que sabe desencadenar, pero no controlar los poderes conjurados.

En perspectiva marxista, la denuncia del carácter ideológico de la ciencia y de la técnica en nuestra sociedad es todavía más dramática. El materialismo histórico nos presenta la historia como una sucesión de etapas caracterizadas por un tipo de fuerzas productivas y una forma de configurarse las relaciones sociales. Existe una correspondencia dialéctica (de contradicción dinámica tendente a la superación) entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En esta relación dialéctica el papel decisivo en la dinámica histórica corresponde al desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, al trabajo humano y todas las técnicas instrumentales y organizativas que lo potencian. No será posible detener el progreso histórico porque las fuerzas productivas se seguirán desarrollando y terminarán por hacer saltar todas las configuraciones sociales, todas las relaciones de producción que dividan la sociedad en clases.

Esta fe progresista es la que se resquebraja en su núcleo al detectar el carácter ideológico de la ciencia y de la técnica, las fuerzas productivas más caracterizadoras de nuestro sistema económico. La afirmación es grave: la revolución marxista que se había quedado sin sujeto revolucionario con la integración de las clases asalariadas en el sistema de producción y de consumo, pierde ahora su más fiel aliado, el último que le quedaba y que hasta ahora había sido el decisivo: las mismas fuerzas productivas. Hasta ahora las fuerzas productivas habían ido superando todos los estancamientos clasistas en las relaciones de producción; al llegar a la sociedad de capitalismo avanzado, esas mismas fuerzas

A. HORTAL

productivas en forma de tecnología y ciencia terminan por ser opresoras, mantenedoras del sistema de dominación. La ciencia y la técnica ya no son ilustración, liberación de servidumbres y prejuicios, impulso crítico y revolucionario que arremete contra unas relaciones de producción ya caducas, sino factor de legitimación de la organización social existente.

\* \* \*

Las grandes sociedades tradicionales (el imperio persa, el romano, etc.) se caracterizan, según Habermas, por tener un poder central y mitos compartidos que legitiman el orden social y con él el reparto desigual de los bienes de esa sociedad entre las diferentes clases. Se trata, pues, de una legitimación mítica, pero directa, del poder político. Por su mismo carácter esa legitimación se impone a los individuos: a éstos no se les pregunta si ese poder es legítimo o no, sino que esa legitimidad le viene al poder «desde arriba», los reyes son «herederos de los dioses» o «reyes por la gracia de Dios», los profetas son «ungidos por el Señor», etc.

Con el desarrollo científico y técnico—sigue afirmando Habermas—, en la sociedad de capitalismo naciente, van perdiendo vigencia los mitos; va ganando terreno cada vez más lo que es producción humana, y lo que es hacer depender las relaciones sociales del control humano. La sociedad moderna no legitima el poder político sacralizándolo, sino «desde abajo», por elección. El poder no tiene un origen divino, sino que se basa en el pacto social; se ejerce por delegación de los ciudadanos y en su nombre.

El orden social tiene una forma de legitimación parecida. La ideología propia de la sociedad capitalista naciente—en el estadio liberal del capitalismo—es la del intercambio igualitario y libre. Las relaciones sociales, incluyendo las laborales y mercantiles, se tratan de presentar como intercambio igualitario y libre. Y esta idea oculta y legitima la dominación social existente. Según esta ideología todos somos libres e iguales para ofrecer nuestros productos y adquirir los de otros en el mercado. Venderemos y compraremos, según eso, el precio que libremente estipulemos. La oferta y demanda libres darán la resultante de los precios del mercado. La legitimación no viene, tampoco aquí, «desde arriba», sino que está vinculada al mismo proceso de trabajo social. Nos hemos puesto de acuerdo, sea en el pacto político sea en el intercambio comercial. Es, por tanto, una legitimación «desde abajo», que depende de los mismos actores sociales.

La obra de Marx tiene como uno de sus ejes fundamentales la crítica de esta ideología. Muestra cómo en una sociedad en que existen propietarios de los medios de producción (capitalistas) y asalariados, el intercambio libre e igualitario sólo es aparente. Se trata en realidad de un intercambio desigual y forzoso para los

que no tienen otra cosa que llevar al mercado que su propia fuerza de trabajo. La igualdad y la libertad—según Marx—sólo son un manto ideológico con el que se enmascara la desigualdad y la dependencia.

La estabilidad del sistema capitalista en su fase liberal, está amenazada, por una parte, por sus crisis cíclicas, y por otra, por el progresivo proceso de empobrecimiento de la clase asalariada. Para Marx, ambas amenazas terminarían por dar al traste no sólo con la forma de producción capitalista, sino con toda forma de explotación. Lo que de hecho ha ocurrido es que la clase asalariada, lejos de empobrecerse progresivamente, ha ido viendo crecer su capacidad adquisitiva. Y este hecho, lejos de perjudicar, ha beneficiado al capital que ha visto incrementado así en intensidad sus mercados, y ha ganado la lealtad de los asalariados al sistema. Por otra parte, ha ido creciendo el papel económico del Estado como estabilizador del sistema, atenuando las crisis y supliendo los desequilibrios. Nada de esto ha sido posible sin el avance tecnológico basado en los conocimientos científicos.

Con estas transformaciones fundamentales que acabamos de esbozar tenemos caracterizado el nuevo sistema económico: la economía social de mercado, o, como prefieren decir los autores de la Escuela de Frankfurt: el capitalismo avanzado. Los rasgos decisivos son el incremento del intervencionismo estatal, dirigido a asegurar la estabilidad del sistema, y una creciente interdependencia entre investigación y técnica, que hace de la ciencia la primera fuerza productiva.

En esta nueva situación la ideología ya no consiste en ocultar y legitimar la desigualdad entre las clases, manteniendo la apariencia de igualdad y libertad en los intercambios. La desigualdad entre capital y asalariados se ha hecho patente; es un hecho que la ideología ya no puede enmascarar. Esto hace necesarios nuevos tipos de legitimación tanto del poder político como del sistema social. La ciencia y la técnica desempeñan esta función en las sociedades de capitalismo avanzado. Ellas no son sólo las fuerzas productivas que garantizan la viabilidad real del sistema económico, sino que proporcionan también la ideología que encubre, legitima y hace aceptable el sistema vigente de explotación económica y dominación social.

La ciencia y la técnica crean y mantienen la expectativa de que se van a poder cumplir las diferentes aspiraciones de los grupos sociales, a pesar de que éstas sean antagónicas. Todo problema pasa a ser cuestión técnica, soluble a corto, medio o largo plazo. Si el capital tiene que seguir percibiendo beneficio (sin lo cual dejaría de invertir y dejaría de ser capital), si a la vez los asalariados deben aumentar su capacidad adquisitiva; si además el aparato estatal debe intervenir cada vez más y tener recursos

#### A. HORTAL

fiscales propios, tiene que haber una potenciación institucionalizada de las fuerzas productivas. Eso es lo que en parte logran la ciencia y la técnica, y en parte prometen más allá de sus propios logros. Se crea entonces el espejismo del desarrollo tecnológico ilimitado y la promesa implícita de que en el futuro podrán ser satisfechas las apertencias de las personas y de los grupos que están en la escena social.

La lealtad al sistema no necesita apelar a mitologías impuestas desde arriba, ni responde a una confianza en una básica igualdad de oportunidades, sino que se basa en la promesa de progreso y mejora para los diferentes grupos que aceptan el sistema. Toda alternativa global, al carecer inevitablemente de la instrumentación tecnológica de la que dispone el sistema social vigente, aparece como una aventura descabellada, como sueño romántico al margen del realismo que impone la viabilidad técnica de nuestros proyectos.

Sólo el crecimiento de las fuerzas productivas, y la misma institucionalización de ese crecimiento, hace posible financiar a la vez el beneficio del capital, el creciente consumo de las masas asalariadas y el aparato burocrático estatal. Todo eso y la misma estabilidad política dependen del desarrollo tecnológico y científico, y la lealtad de los distintos grupos queda garantizada por las promesas de progreso social que encierra el desarrollo tecnológico.

El precio que se paga a cambio es el de la progresiva tecnificación de la sociedad en todos sus niveles. Los problemas sanitarios, los problemas de escolarización, de crecimiento de las inversiones, de disminución del paro..., todos son, en apariencia, problemas técnicos. El mismo mercado, que pretendía ser la expresión objetiva de las necesidades y deseos de la población, es también objeto de programación tecnológica. La publicidad y el marketing crean mercados y amplían los existentes. El individuo humano termina por desear lo que la sociedad le ofrece, y no se le ocurre demandar lo que ella no le puede dar.

La misma política, bajo los efectos de la tecnificación de la vida social, pasa a ser una tarea eminentemente técnica. El Estado acumula cada vez más funciones correctoras de los errores y desequilibrios del sistema. Desempeñar esta función con éxito es, cada vez más, un conjunto de problemas técnicos. La política consiste en administrar el sistema, corrigiendo sus desequilibrios, y en fomentar el progreso tecnológico. La democracia mantiene sólo la ilusión de elegir entre distintos líderes. Pero lo que unos y otros han de hacer es administrar el sistema de forma que crezca el producto nacional bruto, que se reparta, que haya beneficios. Más que alternativas de programas políticos propiamente dichos, lo que existen son alternativas de equipos gestores.

La tecnocracia es, pues, la forma natural del estado en la sociedad de capitalismo avanzado. Los mejores gestores serán los técnicos que obtengan mejores resultados. Y esos resultados se definen en términos de beneficio abstracto, de consumo y seguridad. La tecnificación de la política es la solución para todo. El planteamiento técnico de la convivencia termina haciendo desaparecer el planteamiento comunicativo. La vida social es un conjunto de problemas técnicos.

La ciencia (no sólo la técnica) está implicada en todo este proceso ideológico en cuanto que ella es, y está institucionalizada para ser, la condición de posibilidad del desarrollo tecnológico. Aparte de esto, la ciencia reviste su propia forma de ideología. La forma propia de ideología de la ciencia en la sociedad de capitalismo avanzado es el positivismo. El positivismo consiste en desligar a la ciencia de toda referencia al contexto social en el que nace y al que trata de servir, reduciéndola a ser una colección de datos y correlaciones sobre hechos, lo que permite la manipulación tecnológica, pero no permite en cambio cuestionar la misma configuración social en la que vive, el marco de referencia que desde esa misma sociedad le viene impuesto.

\* \* \*

Frente a esto la teoría crítica de la sociedad trata de recuperar la visión crítica del quehacer científico, resituándolo en su contextualidad social, y preguntando por la configuración histórica que actualmente tiene y los factores determinantes de esta configuración. Desde esta perspectiva, la ciencia y la técnica de nuestra sociedad, que se presentan a sí mismas como el máximo exponente de racionalidad (y racionalización), quedan desenmascaradas como formas recortadas y problemáticas de esa racionalidad.

Con ello no se trata de poner en duda esta o aquella afirmación o conjunto de afirmaciones de la ciencia. No se trata de establecer nuevos presupuestos lógicos o metodológicos. Se trata de recuperar el sitio de la ciencia, que nació al servicio de la emancipación natural y social de los individuos y está pervirtiendo ésta su función. La ciencia no es un producto del capricho humano, ni siquiera un instrumento neutral al servicio de los intereses establecidos, sino un intento de potenciación racional de los intereses constitutivos de la especie humana: dominio de los procesos naturales para protegerse de ellos y ponerlos al servicio del hombre y comunicación interhumana libre de opresión.

Sólo en la medida en que la ciencia reconstruye su arraigo constitutivo en estos intereses, podrá servir al proceso de emancipación.

A. HORTAL

### Perspectiva española

El contexto español da un trasfondo de ironía a las ideas que hemos expuesto. Entre nosotros no es ciencia y técnica (especialmente propia) lo que sobra, como para ponerse a criticarlas. Más que de los efectos ideologizadores de la ciencia habría que hablar de los residuos arcaicos y de las dependencias foráneas que no permiten prosperar un movimiento serio de institucionalización de una ciencia y de una tecnología propia. Los caciquismos que anidan en tantas esferas de la ciencia institucional española, los nepotismos ideológicos en la promoción de científicos, la aspiración al funcionariado como meta profesional que garantiza seguridad y *status* al margen del rendimiento profesional, la envidia, la miopía de las élites que están más dispuestas a favorecer la colonización de la tecnología extranjera y la fuga de cerebros que a crear condiciones de rentabilidad a largo plazo, etc. Todo esto, al hablar de la situación real de la ciencia en España (o por mejor decir, de la ciencia española), debería tener más relieve e importancia que las ideas recogidas aquí sobre el papel ideológico de la ciencia y de la técnica en el capitalismo avanzado.

Sin embargo, lo anterior no es todo. En España, como dice Menéndez Pidal, se dan a la vez los frutos precoces y tardíos. Estamos de vuelta antes de haber ido. Nos interesamos por la crítica ideológica de la ciencia y de la técnica antes que por la institucionalización del desarrollo científico y técnico. Hemos tenido tecnocracia antes de tener desarrollo tecnológico. El cientismo precede a una infraestructura científica seria. Hay positivismo antes que ciencias positivas.

Entre nosotros también han hecho acto de presencia los nuevos tipos de legitimación. Somos una curiosa mezcla de feudalismo y capitalismo no ya avanzado sino caduco y decadente. Estas discronías, esta peculiar simultaneidad del atavismo y la precocidad puede ser también una oportunidad que aprovechar. El hecho de llegar tarde a la evolución tecnológica podría servirnos, tal vez, para ahorrarnos las enfermedades infantiles del desarrollo tecnológico; podríamos, al menos, ahorrarnos los encandilamientos del neófito. A esto se añade nuestra progresiva integración en el marco de influencia de las sociedades técnicamente avanzadas. Desde esta perspectiva, no es superfluo hacerse eco de la crítica que la Escuela de Frankfurt hace del papel ideológico de la ciencia y de la técnica en nuestra sociedad.

Si se exceptúan las generaciones más jóvenes, muchos españoles de los que actualmente viven han podido tener experiencia directa de las distintas formas de legitimar el poder político y el sistema social. El intento del régimen que nace de la victoria en la guerra civil es retomar la historia desde donde « se desvió », restaurar un tipo de legitimaciones tradicionales, religiosas, « desde

arriba». La guerra civil se denomina «cruzada», el Jefe del Estado es «caudillo de España por la gracia de Dios», y los Principios Fundamentales del Movimiento lo presentan como responsable «ante Dios y ante la Historia», a la vez que pretenden dar poder regulador suprahistórico a las ideas religiosas del catolicismo. La legitimidad no se construye «desde abajo», sino que viene dada «desde arriba»; a los individuos sólo toca aceptarla.

Después de otros retoques parciales de legitimación aconsejados por la evolución política internacional, al final de los años 50, se emprende el empeño de cambiar la legitimación «desde arriba», recogiendo y codificando las expresiones de las que nos acabamos de hacer eco, con un nuevo tipo de legitimación. Salvando el mínimo inalterable al que hay que atenerse para mantener la continuidad de la pretensión inicial, se busca liberalizar otra zona, tomar contacto con los procesos de modernización de la producción, dejar que entren los mercados internacionales, buscando proporcionar a los españoles esas formas de legitimación, «desde abajo», que responden a las promesas de consumo creciente y seguridad.

Este intento dio resultado, aunque terminó cuestionando el equilibrio que inicialmente se buscaba. Las luchas reivindicativas, tanto de tipo social como de tipo político, durante la década que va de 1965 a 1975, pueden considerarse como resultado de la expansión progresiva del sistema de legitimación «desde abajo», que va desplazando al sistema de legitimación «desde arriba». Y la misma transición, desde la muerte de Franco hasta la aprobación de la Constitución, no sería en esta perspectiva sino la consolidación jurídica de ese nuevo sistema de legitimación.

Esto es importante a la hora de diagnosticar las raíces que tiene el nuevo sistema en la mentalidad de la población. El sistema vigente de legitimaciones gira más en torno al consumo individual y la seguridad personal que en torno a las libertades públicas o el régimen de partidos. En el momento que se ve amenazado el consumo, el puesto de trabajo o la seguridad pública, está en peligro la lealtad al mismo sistema. Surgen entonces expresiones tales como «Con Franco vivíamos mejor», «Esto con Franco no pasaba», etc., que no están comparando regímenes políticos entre sí, sino situaciones personales.

Desde esta perspectiva las alternativas de gobierno, más allá de las retóricas y de los personalismos, son la gestión pragmática del presente (política de centro-derecha, la haga quien la haga) o una gestión que va buscando una posible superación del marco referencial de reivindicaciones y de condicionamientos actuales (política de centro-izquierda, difícil de predecir si es posible que alguien la haga y que se la dejen hacer). Una y otra opción tienen que ser o, al menos empezar siendo, gestión técnica del bienestar

A. HORTAL

social. La inseguridad, el desempleo, la pérdida de la capacidad adquisitiva de los asalariados y del beneficio por parte del capital, hace surgir enseguida las nostalgias del pasado autoritario y la búsqueda de nuevos «padres». Por sí fuera poco, las dependencias tecnológicas, científicas, financieras, estratégicas y culturales hacen que dichas opciones queden mediatizadas por el contexto internacional.

No están las situaciones en la era tecnológica para grandes aventuras políticas. ¿No hay alternativa? Es muy difícil encontrarla. La dirección de búsqueda, siguiendo la inspiración de los autores de la Escuela de Frankfurt, debe tomar distancia con respecto al exclusivismo del interés técnico, del interés de dominación que se articula unilateralmente en el proceso científico y técnico, y desarrollar en cambio el interés comunicativo y con él el emancipador.

Las zonas de intercomunicación personal, que son abundantes y densas entre nosotros, pueden ir adquiriendo relevancia política. Aquellos problemas de convivencia que no quedan integrados en la gestión tecnocrática del Estado ni en la oferta y demanda del mercado, deben tener cauces sociales y adquirir relevancia política. Pero no hay que ser ingenuos; en la medida en que esos intereses se abran camino con éxito, podrán mercantilizarse, tecnificarse, pasar a ser plataformas del aparato político.

A esta luz hay que ver también lo que se desprende del enfoque presentado, para la política cultural y científica. La cultura, tanto la enseñanza, como la vida cultural en general, y la ciencia como parte integrante de ella, no debe estar exclusivamente al servicio de la tecnificación del mundo. No debe ser mero instrumento de acceso al mundo de la producción material y del consumo, sino también acceso a la participación comunicativa en el universo social en que vivimos. La ciencia debería huir de la servidumbre tecnocrática, sin caer por eso en la privatización ni en la politización inmediateista. Necesitamos en España urgentemente una ciencia robusta, institucionalmente libre de lacayismos, que sea instancia que sabe articularse públicamente sin someterse a los inmediateismos políticos de los intereses del capital o de la Administración.